



+ Roma, 14 de Febrero de 2007

Queridas Hermanas,

hoy dentro de una semana comenzaremos la “Cuaresma”, los cuarenta días de penitencia, nombre tomado del Latín. Cuarenta días – ¿no despierta este tiempo siempre de nuevo en nosotros, un largo período “interminable”, que nos exige la conversión? Nos preguntamos: ¿qué podemos hacer individualmente y como comunidad? ¿A qué debemos renunciar? Son importantes estas consideraciones, pero está el peligro de que permanezcan demasiado sólo en lo exterior. Queremos “lograr” algo, para poder decir después de los 40 días: he o hemos logrado esto o aquello.

Pero la Cuaresma significa algo más. En el Evangelio del primer Domingo de Cuaresma encontramos esto muy claramente expresado: nos habla de las tentaciones de Jesús, este año, según San Lucas. Por eso en esta carta quiero atraer su atención al desierto, queridas Hermanas, a este lugar adonde fue Jesús al comienzo de su vida pública.

El desierto no es sólo un lugar geográfico, sino más bien el símbolo de nuestra existencia humana. Nos invita a mirar y comprender nuestra propia vida bajo una luz nueva. El desierto es indispensable en nuestra vida espiritual. “En su extensión ilimitada y de silencio, además en su desamparo y terror, el desierto es un ‘lugar’ espiritual que nos puede proporcionar experiencias espirituales”. (Gisbert Greshake)

Pero no podemos buscar o “elaborar” la experiencia del desierto por nosotras mismas. Jesús mismo tampoco buscó el desierto. Según Marcos y Lucas, “fue conducido al desierto por el Espíritu”; “llevado al desierto”, como lo dice con más fuerza Marcos. Así, tenemos al comienzo una llamada, un envío, un impulso de Dios. Los Israelitas también se atrevieron a ir al desierto sólo después de ser llamados por Dios. Dios está siempre en los comienzos. El llama, él atrae al desierto como un amante. “Quien desee o quiera crear el desierto en su propia vida debe cuestionarse sobre su relación con el Único que nos atrae al desierto. Es una invitación al desapego, a revisar los propios vínculos, a reconocer la situación de la propia vida y a preguntarse dónde se han endurecido los propios puntos de vista. Cuando llegemos a vislumbrar quién es Dios y qué significado puede tener en nuestra vida, trataremos de seguir su llamado al desierto, a la propia vida. Es un llamado a seguir a Cristo que exige la obediencia de fe. Por eso crear desierto significa “éxodo”, abandono de los hábitos, ritos y estilo de vida bien establecidos.” (Margarete Niggemeyer) El desierto desafía todas nuestras pretendidas seguridades. “No existe tal armonía. Todo es claro u oscuro, caliente o frío. El lema del desierto es: ¡o todo o nada!” (Gisbert Greshake) No es fácil soportar esto o no desanimarse. Puede surgir la inercia, el disgusto, el hastío, todo lo que los padres del desierto han llamado “akedia”. El desierto nos desafía a tomar una decisión, a aventurarnos en él y a aceptar sus reglas, o a escapar lejos de Dios, de regreso a nuestras seguridades prefabricadas. Hay dos formas de experimentar el desierto. Un autor expresó esto con la imagen siguiente: “Precipitarse de un jardín a otro y quedarse como un desierto por dentro.” O: “Escuchar por largo tiempo el desierto hasta que crezca el jardín en lo profundo de nuestro ser, hasta que la pobreza se convierta en riqueza, que lo desconocido se convierta en hogar, y el vacío en plenitud.” (A.Gutl)

No podemos cruzar solas el desierto. Cada caravana de camellos sólo puede cruzar el desierto aparentemente interminable e ilimitado cuando la guía un asno. Pues a causa de su inigualable sentido de orientación guía la caravana con absoluta seguridad hasta la meta del viaje. Nosotras podemos igualmente cruzar el desierto sólo si vamos con Jesús. (Cf. Mt 20:17) Las huellas que Jesús ha dejado tras de sí en el desierto, son esenciales para nosotras. No debemos perderlas de vista, hay que seguir las paso a paso. Sí, paso a paso, porque cada paso es un riesgo, una aventura,

una lucha con Dios. Experimentamos la propia incapacidad, la total limitación. Pero justamente eso le da a Dios la oportunidad de hacerse cargo de **todo**. No se trata de demostrar “logros” espirituales al final de la Cuaresma. No se cuestiona que la renuncia y la abnegación sean importantes, pero no tienen un fin en sí mismas. Al ir con Jesús, no nos quedamos en las renunciaciones, sino que nos liberaremos de cosas mayores. “Lograremos una comprensión de lo que es realmente importante, no se trata de hacer este o aquel sacrificio, sino de liberarse para los demás. Ser libre para ellos, dedicarles tiempo, estar disponible para ellos. Jesús estaba allí para todos. Por eso, ir con Jesús significa estar abiertos para todos.” (Paul Jakobi)

La Cuaresma es ante todo un llamado personal para entrar al “desierto” y enfrentar sus retos. Cada una debería preguntarse con sinceridad: ¿Cuáles son mis dependencias? ¿Qué presiones me afectan todavía? ¿Dónde no tengo aún control sobre mi libertad? Lo esencial es “practicar y comprobar en qué nos habíamos convertido por el Bautismo: la nueva criatura en quien Cristo se hace visible.” (German Missal) ¿No nos recuerda esto los temas de los Capítulos Provinciales y General?

También como Congregación podemos experimentar el desierto, y tal vez estamos precisamente ahora en medio de él. Cuando aceptemos el desierto, también se hará verdad para nosotras – como para Israel– que tengamos la experiencia de Dios para quien nada es imposible: “Pues, yo voy a realizar una cosa nueva, que ya aparece, ¿no lo notan? Sí, voy a trazar una ruta en el desierto, y a disponer vías en las soledades.” (Is 43:19)

Quiero terminar con una historia de África que puede influir en nuestras ideas:

Un misionero observaba la extraña conducta de un Beduino que constantemente se tendía en el suelo, presionando la oreja en la arena del desierto. El misionero le preguntó asombrado: “¿Qué estás haciendo?” El Beduino contestó: “Amigo, oigo llorar al desierto. Quiere ser un jardín.”

¿Qué me dice esta historia en cuanto a la vida personal, la vida de la Congregación? ¿Hay tal vez algo que “llora” en nosotras porque ansía ser un “jardín”? Como el desierto se hizo el lugar del nacimiento de Israel, el pueblo de Yahwe, así también puede surgir la vida nueva en cada experiencia personal y comunitaria. “El duelo se transformará en gozo; el lamento en baile; el aislamiento en comunidad; la rigidez en cambio fundamental; el retener en regalar; la estrechez en amplitud de criterio; el quedarse en silencio, en regocijo; las rutas de escape en caminos hacia el hogar.” (Margarete Niggemeyer)

Quisiera agregar a esta carta algunas reflexiones que “mi” prisionero LaRoyce L. Smith compartió conmigo en su carta del 14 de diciembre de 2006. Hace 15 años que está en el “desierto” de la prisión para condenados a muerte en Texas. Sus ideas son notables: “*Estoy en la lista de muerte hace 15 años y me he estado descubriendo y desarrollando mi ser y mi espíritu; y he aprendido que nacen en la mente y se reflejan en el corazón. Estar preso puede ser una de las experiencias más degradantes de la vida. Parece que la degradación es el objetivo principal en la prisión.* (Nota: aquí menciona prácticas que son tan inhumanas que no quiero escribirlas). *Tener una mente fuerte ayuda a superar los rigores de la prisión y de la vida. La prisión es un lugar negativo. Probablemente los pensamientos más negativos del planeta se dan en las cárceles. Hay mucha gente destruida en la prisión. Fallaron en la vida porque nunca trataron realmente de pensar en positivo. Les digo a menudo que nunca se cuenten entre los perdedores. Al mantener una visión positiva tendrás una ventaja en cualquier situación. Puede ser muy difícil. Tener una fe fuerte en ti mismo es vitalmente importante. Debes creer en ti mismo, que puedes cambiar tu condición, que puedes ser un ser humano mejor. Tienes que creer en ti mismo, porque rara vez lo hará alguien más. Según como te veas a ti mismo, determina como veas al mundo y a los demás. Por eso pienso en positivo sobre todas las cosas en mi vida y en lo que me rodea, y siempre trato de buscar lo mejor en cada situación.*”

Queridas Hermanas, estas líneas no necesitan ningún comentario, hablan por sí mismas y complementan mi carta en tal forma que nos hacen pensar muy profundamente. Aquí tenemos un ejemplo de cómo la aceptación del “desierto” puede transformar a una persona.

Información:

- Hoy les puedo comunicar los nombres de las Hermanas elegidas como delegadas al Capítulo General:

Provincia Alemana:

Sister Anna Schwanz

Sister Renate Rautenbach

Sister Christhild Neuheuser

Sister Gregoris Michels participa en el Capítulo General como miembro Ex-Officio.

Alternativas son: Sister Maria Ancilla König and Sister Rita Kellner.

Provincia Norteamericana del Oeste:

Sister Juliana Miska

Sister Monica Cormier

Sister Janice Boyer

Alternativas son: Sister Carol Bredenkamp and Sister Caroline Schafer.

Provincia Norteamericana del Este:

Sister Mary Edward Spohrer

Sister Joanne Bednar

Sister Diane Moughan

Alternativas son: Sister Josita Marks and Sister Maria Assumpta Shurer.

Provincia Chilena:

Hna. Flavia Pérez

Hna. María de los Angeles Carrera

Hna. Maristella Schmidlin

Alternativas son: la Hna. Rebeca Yáñez y la Hna. María Cecilia Añazco.

Provincia Uruguayo/Argentina:

Hna. María Angelina Rivarola

Hna. Celina Raquel Ladrón de Guevara

Hna. Mariana Mateo

Alternativas son: la Hna. María Adriana Mateos y la Hna. María Graciela Nuñez.

Unidad de Filipinas:

Sister Theresia Barkey

- El 15 de enero recibí del Postulador, una copia del Decreto que declara la validez del proceso diocesano de la Causa de la Madre Paulina. Este Decreto es un importante paso adelante, pues sólo después puede continuar el estudio del milagro propuesto, aquí en Roma. El examen concreto del caso es realizado separadamente, primero por dos médicos. Si al menos uno de ellos da un voto positivo, continúa la causa y pasa a “Consulta”, compuesta por otros cinco especialistas. Si tres de los cinco entregan un informe positivo, se envían todos los documentos a los consultores teólogos. Cuando dos tercios de sus votos sean positivos, la Causa pasa a la discusión de los Cardenales y Obispos. Sólo cuando ellos estén de acuerdo con el milagro propuesto, se presenta al Santo Padre. Puedo asegurarles que el Papa Benedicto XVI está muy interesado en la Causa de la Madre Paulina.

Pueden ver, queridas Hermanas, que todavía tenemos un largo camino que recorrer para acompañar el proceso con nuestras oraciones y especialmente con nuestra vida como SCC en el mundo de hoy

Queridas Hermanas, deseo para todas nosotras una Cuaresma en que el Espíritu nos conduzca al “desierto”, para que nos liberemos de nuestras seguridades engañosas y nos preparemos a recorrer con Jesús el camino de la conversión que es siempre transformación en el amor.

Con gratitud, su

Hna. Adalberto